

Papá Grande (Gabo, quien pudo haber augurado que Aguilera sería su sucesor), la vida en el exilio, los escrúpulos morales, el producto en metálico de la inteligencia... En general, todas presencias de doble filo que al cabo pueden volverse contra quien sueña una vida literaria y descubre que ella también es una ficción; no una farsa, pero sí una utopía que se recrea una y otra vez, terca, obstinadamente. Esa constancia, quizá, es lo que convierte a este bicho raro, a este escritor de oficio, a esta bestia dominada por la lujuria y por la lujuria de escribir, en una buena bestia que aún quiere producir la mejor obra literaria, con sinceridad, con compromiso. Por ese camino —y éstas no son palabras de consuelo—, un escritor como Aguilera puede conseguirlo. Pongámoslo en la historia de la literatura colombiana —y aun latinoamericana—: el autor de *Cuentos para después de hacer el amor* aún es joven. La desesperación también puede ser un aliado del buen novelista. Si lo lograron borrachines como Lowry o Dylan Thomas...

ÓSCAR TORRES DUQUE

Todo en Colombia es Macondo

La bruja. Coca, política y demonio

Germán Castro Caycedo

Planeta, Santafé de Bogotá, 1994, 280 págs.

¡Espeluznante! Es el único epíteto que se me ocurre darle a esta lectura. Y digo como el filósofo: si la mitad de lo que aquí se dice es verdad, ¡Dios nos libre! ¡Qué poco conocemos a Colombia! ¡Hasta qué punto todo aquí es Macondo, lo mismo Fredonia que Aracataca! ¡Hasta qué punto éste es un reino del *realismo mágico*! ¡Hasta qué punto Colombia es una mezcla de valores y de plagas, y vaya uno a saber ya cuáles son cuáles! Desde este punto de vista, el libro es magnífico. Tiene la capacidad de destruir al lector, de po-

nerlo incómodo y dubitativo. Descubrir qué es eso que llamamos Colombia, tratar ese complejo tan monstruoso que se llama Colombia, está muy bien. Buscar luces. Germán Castro busca luces en la oscuridad, faros que nos comuniquen un poco de su resplandor, que nos muestren qué es lo que está pasando en realidad, puesto que antes de juzgar es preciso conocer, ¡y qué bien poco conocemos! parece decirnos este libro.

Desde el mismo punto de vista, se escogieron muy buenos personajes como referencia: una clásica bruja de Antioquia y uno de los primeros y menos conocidos capos de la droga. Éste es el primero, nos dicen en el prólogo, de una serie de libros sobre lo que es la Colombia de fin de siglo; ya vendrán otros, acaso más dolorosos, o más interesantes: el de Pablo Escobar, que ya está saliendo a la luz pública y que nos muestra también hasta qué punto el ciudadano corriente es el que siempre recibe no sólo los impuestos, sino las mentiras de los unos y las balas y las bombas de los otros.

Lejos de anteriores trabajos, aquí no se trata de la prosa de Germán Castro dando forma novelesca a los relatos de otros; aquí parece ser al revés; el autor no dice más de diez frases propias en todo el libro, aunque el resultado no deja de ser pintoresco. Bien por el contrario, no podía serlo más.

“Hay novela o reportaje. Y ante la dinámica maravillosa de este país, me parece que lo que se impone es jugar a la precisión, a escribir las cosas con el mayor realismo”, escribe Castro Caycedo. Claro está que aquí entra ya el manejo del periodista, puesto que, por más “realista” que sea, es él quien maneja los hilos, quien escoge qué se dice y qué no se dice, quien sabe qué es lo que tiene mayor efecto ante el público lector y si lo que se quiere es escribir un *best-seller*, —y este libro, a nuestro modesto nivel, lo ha sido— o una crónica completamente objetiva. Y aquí es donde veo aparecer los peligros del periodismo a secas, sin intervención —aparente— del periodista. Cada quien le da a un libro como éste la interpretación que quiere. Sana hermenéutica entre lectores cultos. Pero una es la que le doy yo, miembro de una inmensa minoría culta, y otra la que le

da el vulgo apenas letrado. En estas páginas se venden ideas como la de que la brujería es sana o como la de que ella se identifica con la bioenergética; o que más vale ser bruja que presidente o millonario, puesto que todos ellos son modestos clientes de aquellos que todo lo pueden.

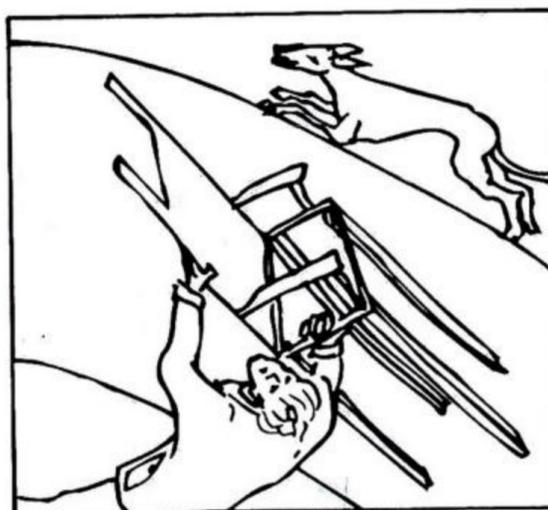


Podemos imaginar entonces al lector que simplemente dice que qué bueno que nos muestren lo corruptos que son los políticos, que tan malos son los unos como los otros, que si todos son así, los tontos somos los que no participamos del festín... o podemos imaginar a la que descubre en la brujería su “verdadera” vocación ignorada y se pone a preparar las recetas de los pormenorizados brebajes de culebrero garcíamarquiano que nos regala la bruja, con el objeto de “rezar” a los enemigos..., o podemos imaginar a quien se involucra de lleno en la terrible batalla que se está librando por el dominio del mundo entre el cristianismo y la *Nueva Era*, una especie de conspiración elevadísima que, para completar, predica el amor y la fraternidad entre los hombres, y a la que los ortodoxos acusan de estar dominando el mundo por medio de la felicidad, de la comodidad y del progreso (¡medios bien difíciles de combatir, por cierto, y que por lo visto por aquí no deben haber aparecido todavía!) y de mensajes satánicos subliminales (discos escuchados al revés que loan a Satán y sus adeptos) y en general con todo el *rock* y me imagino que hasta con la agradable (y aparentemente inocente) música *New Age*. Del otro lado del tinglado está el versus, su enemigo total, una recalcitrante variante del cristianismo que no solamente

cree en brujas sino que combate filtros con filtros, fórmulas con fórmulas y demonios con obispos exorcistas, conjuradores de maleficios que a punta de báculo y crucifijo hacen arrojar al poseso ranas, gusanos y alfileres por la boca. En todo caso, se supone que media humanidad está regida hoy por los unos y la otra media por los otros. Y los que estamos en el medio, ignorantes de semejante apocalipsis, sin saberlo somos cómplices del bando contrario al de quien quiera atacarnos. Pero para no entrar en conflictos teológicos sobre lo que ahora campantemente y con la más descarada ignorancia llaman *metafísica*, pasándose por manteca a tontarrones como Aristóteles, Kant, Spinoza, Leibniz, Hegel, Heidegger *et cetera*, para no escuchar sino a los Lobsang Rampa y seguidores, basta observar cuáles son los libros que se venden hoy por hoy en las librerías para darse cuenta de que uno de los éxitos de *La bruja* es haber tocado esas fibras sensibles de quienes solicitan sobredosis de demonología y de metempsicosis (mera reencarnación, para los brutos) y más cuando viene envuelta en tantos tintes de verdad: al lado de dos o tres presidentes de la república (por no citar al gobernador y a los siete senadores *rezaos* y enyerbados por penas de amor), que no vacilan en acudir a la sapiente bruja en busca de filtros que los alejen de la mujer (cosa que por demás, cierta o no cierta, me parece irrespetuosa para con los expresidentes) sino que todos son uno, el presidente cuyo mejor amigo es el narcotraficante, y cuyos mejores amigos comunes son las brujas, etcétera, etcétera y se vuelve esto un pandemónium y sancocho espectacular. Vienen entonces rezagos de vudú, ritos que implican *trabajarle* el pañuelo o la ropa interior a alguien, médiums de Pereira, la fratricida guerra del Marlboro, que se libró en las esquinas, que conoció los primeros sicarios y que se olvidó en los libros de historia, o la bárbara y hasta hoy oficialmente ignorada guerra entre cubanos y colombianos en Miami, con las motosierras de *Scarface*, que no son un invento de Al Pacino ni de los que quieren hablar mal del país.

Y bien, así como me lo contaron te lo cuento, como decían don Juan de

Castellanos y don José de Espronceda, es lo que podría alegar Germán Castro Caycedo en su favor. Y quizá tiene razón. Si Colombia es así, él no tiene la culpa. Acaso, aunque no nos guste, nos merecemos lo que tenemos. Pero no deja de preocuparme que, mientras hay quienes intentan de algún modo culturizar al país para salir de la violencia endémica, caiga un libro como éste como una piedra encima de los ignorantes y le otorgue cierto peso científico a todas sus supersticiones. Sé, desde luego, que mi opinión es absolutamente minoritaria, pero es la de unos pocos que tenemos un soporte cultural y que por lo menos intuimos que la violencia reposa en esa falta de acercamiento a las leyes de la lógica o siquiera a principios morales o religiosos sólidos. Pero si ahora la beata sabe que hay santos especiales, que previamente "rezaos" tienen mayores virtudes, o va a asistir a la misa no solamente a pedir a los santos que intercedan por su familia sino a expulsar a sus enemigos del pueblo o a pedir al sacerdote que le exorcice a la hija boba, no se ven muchas esperanzas de que esto cambie. O quizá —ésta puede ser otra enseñanza del libro— es que Colombia no quiere cambiar, quiere ser así, *es así*, quiere el dinero fácil, la rumba, odiar a los gringos, sentirse el mejor país del mundo y el más calumniado, vivir todos con un poquito del demonio adentro y salir después a rezar a la Virgen y a emborracharse.



Pero no puedo negarme tampoco con argumentos válidos a reconocer el derecho a la existencia del género testimonial, pues sería negar el periodismo mismo, la libertad de prensa, y más

cuando la hace un hombre probo que quiere simplemente ser justo y poner cada cosa en su sitio, y que a menudo es el primero que se sorprende con lo que le cuentan. Preocupa entonces saber la cantidad de realidades marginales que se viven en Colombia y también que muchas de ellas no tienen canales de expresión y pueden pasar inadvertidas durante diez años sin que nadie se entere de ellas. Ya no solamente no se sabe quién es el enemigo (problema acaso mundial) sino que cada quien vive en un mundo distinto.

Aquí hay lo inverosímil, pero también lo conmovedor, sin ser nunca patético ni demagógico, por la eficacia de un lenguaje que, aunque esencialmente informativo, tiene una limpieza y una seguridad que siguen revelando en su autor más aptitudes de narrador que de reportero (a su pesar). Es la historia de un pueblo, Fredonia, la verídica y triste historia de un narcotraficante, Jaime Builes, quien, por lo demás, muere como una especie de héroe de la patria, haciendo, eso sí, gala de una de las pocas virtudes que aparecen en este libro: la lealtad. No vende a nadie, no delata a nadie.

El otro problema que puede plantearse con respecto a un libro como éste es el del *copyright*. El caso del relato del naufrago de García Márquez ya había sido llevado a los tribunales. Aquí, se despoja tanto el autor que quien habla no parece ser él. Sin embargo, lo es, y es él también quien recibe las regalías por su libro. Personalmente pienso que está bien que sea el periodista quien reciba los emolumentos, siempre y cuando también cargue con toda la responsabilidad sobre sus hombros; es el caso de las tutelas y demás que ya han caído sobre estas páginas... Es él quien investiga, quien redacta, corta y pule, quien busca, quien da una unidad al libro, quien hace con su nombre o su prestigio que se venda. Por eso el libro lleva su firma y no las de otros pero por eso mismo el periodista no puede reclamar ser inocente ante las bondades o los desastres que pueda causar. Y creo que este libro tiene de ambos. En este caso, no me atrevo a juzgar. ¡Ah! En todo

caso sí quiero dar un consejo al lector: ¡Mucho cuidado con ir a mezclar penca de sábila con riñón de gato en Viernes Santo!

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Tambores para el mamut sagrado

Hemingway, el cazador de la muerte

Manuel Zapata Olivella

Arango Editores, Santafé de Bogotá, 1993, 347 págs.

Este libro no es para quienes deseen conocer la biografía de Hemingway. Se trata, más bien, de una fábula para aquellos que, junto con el autor, estén dispuestos a emprender una correría por Kenia, en la que es posible divisar de cerca la maravilla de su flora, de su fauna, de su cultura, de sus lenguas y de su idiosincrasia.

Con el pretexto de contar lo que podría ser una "tajada" de la vida de Ernest Hemingway, ese aventurero gringo a veces disfrazado de escritor, Manuel Zapata Olivella nos lleva de la mano por las sabanas africanas hasta el Kere-Nyaga o Montaña de la Blancura (como denominan los kikuyos al monte Kenia) pasando por el Ira (el valle de la Eterna Claridad) y por la *nyrandua* (la zona selvática del monte Kenia), para mencionar sólo unos pocos de los múltiples lugares visitados por Hemingway en esta fábula.

Junto con su amante, la Gacela Erótica; su ahijado, el biólogo Antoñete, hijo de un torero retirado de la arena; Sitembo, un hermoso nativo conocedor de las más ocultas tradiciones africanas; Alex Smith, comandante de una guarnición de la policía africana; Jomo Kenyatta, máximo dirigente incógnito de los Maumaus y una partida de kikuyos, masais y wapagozis (cargadores), Hemingway emprende la expedición para encontrar el Mamut Sagrado en la cima del Kere Nyaga. Dice la leyenda que quien dispare contra el Mamut Sagrado, será herido en la

misma parte del cuerpo en que la bala se aloje en el mitológico animal: "Disparar contra el Mamut Sagrado es acortar el camino".

En ese punto comienza una aventura que se extiende a lo largo de todo el libro. Hábilmente, Zapata Olivella narra la historia cuadro a cuadro. Se deleita mostrándonos pasajes y paisajes de esa África que, se colige, tanto conoce y ama. El personaje central, Hemingway, queda opacado por los exóticos euphorbias, las xanthophoebas, las terminalias y el sinfín de especies animales, algunas lamentablemente en vía de extinción, que circulan por el libro: tembos (elefantes), nyumbus (especie de vacunos), búfalos, gacelas, jirafas, ánales, leopardos, leones, hormigas, moscas y demás convidados al banquete de la biodiversidad africana. Más que una historia sobre Hemingway, lo que se nos está ofreciendo es un canto al África, la madre tierra, la cuna de lo que conocemos hoy como el hombre (y la mujer) contemporáneo.



En el libro se retoman características del Hemingway que conocemos: su fascinación por el alcohol, por el toreo, por las mujeres, por la cacería, por la escritura, por la aventura, por la muerte. Sin embargo, el Hemingway que se nos muestra es más una fabulación que un hombre

de carne y hueso, en torno al cual se dan datos precisos sobre su vida y obra. Excepto algunas referencias a su estadía en París en la casa de Gertrude Stein, su participación como corresponsal en la guerra civil española, la forma en que murió y sus viajes a la península ibérica, no se podría decir que Zapata Olivella intenta hacer una recreación biográfica del reconocido autor. Sin embargo, esto no produce duelo alguno. En este libro no se trata de que nuestro corazón palpite al ritmo de Hemingway, si no de que vibre a la par que los tambores anuncian cómo el mito se hace realidad y la muerte abraza la vida para fundirse, bien en las arenas africanas, bien en cualquier plaza de toros de cualquier lugar del mundo.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Por allá no escampa

Aire de Mar en Gádor

Pedro Sorela

Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1993, 272 págs.

Pedro Sorela nació en Bogotá en 1951 y muy joven partió hacia Europa para radicarse finalmente en España. En ésta, el país de su padre y ahora su lugar, ha trabajado como catedrático, oficio que alterna con el de periodista y escritor. *Aire de Mar en Gádor* fue publicada en España en 1989 y obtuvo las mejores alabanzas. Con ésta, se dijo, se abrió un nuevo camino dentro de la narrativa. Sorela, según los críticos españoles, trajo consigo un nuevo aire a la narrativa europea.

Es, pues, *Aire de Mar en Gádor* una novela de pasar lento, escrita con sumo cuidado: no sobran párrafos, no se pierden personajes, jamás se abusa del lenguaje. La historia aparece simple en principio: la ruina de dos hermanos aristócratas. Alrededor de ellos y de su castillo carcomido por la falta de dinero, se entretienen sin prisa una serie de historias y personajes paralelos que poco a poco empiezan a coincidir, para en-